

Tahar Ben Jelloum

El retorno

Madrid, Alianza Editorial, 2011

Desarraigo, podría ser el tema que atraviesa esta novela del reconocido escritor nacido en Fez, Ben Jelloum. Constituida como un imponente fresco de un inmigrante marroquí en la vieja metrópoli, esta novela va recorriendo palmo a palmo, la desazón y desencanto del sueño europeo vivida acaso por cientos o miles de inmigrantes que cruzando el mar, llegan en pos de aquellos valores supuestamente incorporados a la modernidad: prosperidad, ahorro, hijos en la nueva tierra y el reconocimiento de su identidad cultural en medio de la diáspora.

El desarraigo, es decir, la noción de “no estar” estando, se expresa en las angustias del protagonista Mohammed Limmigri, que ha vivido casi toda su vida en Francia, un aplicado obrero en una fábrica de automóviles y beneficiario de la prosperidad de la clase obrera industrial europea. Sin embargo, ad portas de su jubilación, recién medita sobre la trascendencia de su vida, por lo demás piadosa como devoto del Islam (*¿La jubilación? ¿No para él y, menos aún, en este momento! ¿Qué significaba esto? ¿Quién se lo había inventado? Era como si le dijeran que estaba enfermo y que ya no era rentable para la sociedad*)

En la novela se avizoran ciertos ejes que dan lógica al texto. En primer lugar está el protagonista que vive con el culto al Islam, del cual cree extraer su esencia vital y que le otorga —utilizando una jerga sociológica— una producción de sentido. En efecto las religiones integristas encapsulan en la existencia del individuo, casi todas las facetas de su ciclo vital. La comida, las preferencias matrimoniales, la vestimenta, los modales y gestos del cuer²⁹³

po. Este cerco en cierto modo, es el que dota de *nostalgia*, un tropo que también recorre toda la novela.

Ante las asperezas de la vida moderna para un inmigrante: las clases trabajadoras, edificios multifamiliares abarrotados de migrantes, es donde emerge el racismo no explícito pero corrosivo que como la sal marina, va oxidando de a pocos, la existencia de Mohammed y de aquellos como él.

El novelista ágil y diestro, nos muestra con lucidez en un lenguaje simple y claro, las desazones en un país —Francia— que niega lo que su imaginario histórico se empeñó en construir y anunciar: la sociedad igualitaria, el republicanismo eficaz pero que aún esconde lo más inquietante de su historia: el colonialismo y sus resabios ideológicos.

Mohammed invicto en su cosmos, se permite transitar sin contaminarse, por los caminos a veces violentos de la vida europea. Vida que es facilitada por la división estamental pero silenciosa entre lo oficial y lo que no lo es, entre lo religioso y lo profano, entre lo auténticamente europeo y lo que no, y sobre todo por el desprecio apenas disimulado que se ofrece como un marco general en el cual vive el protagonista.

La segunda trama es el *rechazo* en ambos sentidos. Ambos mundos no terminan aceptándose. Esa dinámica permite que Mohammed idealice el retorno a la aldea natal, que es también la cabila de la estructura social marroquí. Este descenso concéntrico lo conducirá a la ensoñación de la utopía del regreso. A las relaciones cara a cara, al descanso y el ocaso rodeado de la prole, el ideal societal del Islam.

Sin embargo, también el rechazo viene de su interior. La ruptura generacional, donde sus hijos desafían la autoridad paterna permanentemente y que expresan el afrancesamiento gradual de las segundas generaciones. Laicismo, matrimonios mixtos, consumismo y educación moderna; es decir el cosmopolitismo punzando permanentemente a la pequeña sociedad *folk*, idealizada en la patria ajena y engrandecida por el sueño del protagonista.

Todas las vivencias de Mohammed, su lenta y permanente desilusión (el ocaso de una fantasía) está empotrada en una especie de “racionalidad cotidiana” engendradora en las exigencias pragmáticas (e históricas) de su existencia social.

Sin embargo, son dos los personajes que orillan en el seno del desilusionado. Son los que restauran a veces, una, visos de realismo y el otro, una inmensa ternura, que suaviza la indiferencia de sus hijos. Una es la esposa que, como las mujeres de *Cien años de soledad*, con firmeza tiene los pies en la tierra. Son primos y se casaron muy jóvenes en la cabila.

El otro, su sobrino Nabil (*Nabil es único*) quien tiene una capacidad diferente. Aquí, las dos alteridades se atraen, dos extraños límpidos en un mar de impurezas. Nabil es capaz de sentir lo que otros no. Estar al margen o fuera del mundo es como un manantial de eficacia y restauración.

Finalmente, el culto islámico como centro de la identidad personal de Mohammed. Situación problemática para los magrebíes, instalados en el continente europeo. El libro es la narración de las cosas sencillas (*Lo envolvía en un paño blanco, un trocito del sudario con el que había enterrado a su padre. Ese libro era todo para él: su cultura, su identidad, su pasaporte, su orgullo, su secreto. Lo habría con delicadez, los estrechaba contra su corazón, se lo llevaba a los labios y lo besaba con pudor.*

Decía que todo estaba allí: los que saben leerlo hallan en el la filosofía del mundo, la explicación del universo).

Regresado al pueblo natal, se apasiona construyendo la gran casa que albergará a su familia, gasta ahí todos sus ahorros, pero ningún hijo acude a su llamado. El espera en vano y es ahí en un remanso de angustia y dolor, donde es tragado por la tierra, en un final de realismo mágico; desapareciendo en ese Macondo norafricano.

El autor

Ben Jelloum es uno de los escritores marroquíes de mayor proyección global. Novelista y ensayista (a publicado valiosos ensayos sobre el racismo y el Islam), reside en Francia desde 1971, como muchos de sus compatriotas; éxodo impulsado por la intolerancia y una sociedad aún rígida. También muestra como este país situado entre el mediterráneo, las montañas y el desierto, siempre fue un *locus* emblemático para la mirada europea.

Westermarck, Geertz o Rabinow (Bourdieu estuvo cerca), escribieron textos etnográficos inspirados en su gente: pastores de ovejas, cabilas, vendettas y la religión que cincelan la sociedad y el paisaje.

Rabinow sin embargo, destacaría por su pieza etnográfica tachonada de polifonías e intuitivismo. Para los españoles sin embargo, es otra la historia. El desastre de Annual (1921), las dificultades de la política colonial española en Marruecos (*un matrimonio turbulento* lo ha llamado el escritor), el conflicto Saharaui y la proyección solitaria de un escritor de la talla de Juan Goytisolo, quien vivió y fue enterrado (al igual que Jean Genet) en ese país por voluntad propia. En una especie auto-exilio de una Europa decadente y crispada por las migraciones más complejas y masivas de su historia. 05/06/19

ROMMEL PLASENCIA SOTO
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
rplacencias@unmsm.edu.pe